

LECCIÓN 10

EL NUEVO MANDAMIENTO Y LAS OBRAS DE MISERICORDIA

LECTURA DE FONDO



A medida que viajamos hacia el Cielo, buscamos y necesitamos señales de que estamos en el camino correcto y nos dirigimos en la dirección correcta. En la Última Cena, Cristo nos dio el Nuevo Mandamiento, que Él declara que es la señal más segura de que somos sus discípulos. Las Obras de Misericordia Corporales y Espirituales también son señales que Cristo nos dio, a través de su Iglesia, que nos ayudan a elegir la manera correcta de responder a nuestros hermanos y hermanas en la familia humana.

El Nuevo Mandamiento

Cuando Jesús lavó los pies de sus apóstoles en la Última Cena, demostró que su amor era uno de servicio. Él era su maestro, y sin embargo lavó los pies de sus discípulos, que era el quehacer de un sirviente. Después de este acto de servicio, Él les dio a los Apóstoles el nuevo mandamiento: “Les doy un Nuevo Mandamiento: amense los unos a los otros. Como te he amado, también debes amarte el uno al otro. Así es como todos sabrán que ustedes son mis discípulos, si se aman los unos a los otros” (Juan 13:34-35). Luego instituye el

sacrificio más grande de todos, el sacrificio de Su Cuerpo y Sangre en la Eucaristía, que nos une a todos con su sacrificio en la Cruz. El Nuevo Mandamiento contiene la ley de todo el Evangelio. Él nos dice que nos amemos los unos a los otros como Él nos ha amado.

La forma más segura de recorrer el camino de la vida es tomar nuestras cruces y vivir vidas que son ofrendas de amor. Una vida de amor sacrificial también brilla al mundo como la luz en la oscuridad. Nuestra cultura es una cultura egoísta. Valora la ganancia material, el escapismo y la autocomplacencia. El sacrificio solo se considera valioso si nos ayuda a salir adelante. Pero los valores del Reino de Cristo, donde amamos a Dios ante todos y a nuestro prójimo como a nosotros mismos, es la manera más segura de declararnos como discípulos de Cristo. Más que nuestras palabras, nuestras obras de humildad y amor son lo que mostrará el rostro de Cristo a los demás.

Las Obras de Misericordia

Seguir a Cristo es caminar como Él anduvo y hacer lo que hizo. En nuestro viaje al Cielo, debemos tratar a cada persona humana con

la que nos encontremos como trataríamos a Cristo. Cuando vivimos las Obras de Misericordia, estamos cumpliendo el mandato de amarnos los unos a los otros como Cristo nos ha amado.

Las Obras de Misericordia se dividen en dos clases, las espirituales y las corporales. La palabra “corporal” significa “del cuerpo” y las obras corporales de misericordia satisfacen las necesidades corporales de la persona. Ellas son: alimentar a los hambrientos, darles bebida a los sedientos, vestir a los desnudos, dar posada al peregrino, visitar y cuidar a los enfermos, visitar a los presos y enterrar a los muertos. Las obras espirituales de la misericordia satisfacen las necesidades espirituales de la persona. Ellos son: instruir a los ignorantes, aconsejar a los dudosos, amonestar a los pecadores, soportar los males con paciencia, perdonar las ofensas voluntariamente, consolar a los afligidos y orar por los vivos y los muertos. Aunque ambos son esenciales para la vida cristiana, las obras espirituales de misericordia son más importantes. Esto se debe a que abordan necesidades que están relacionadas con el fin último para el que fuimos creados: bienaventuranza, o una eternidad en el Cielo con Dios. En otras palabras, realizamos las

Obras de Misericordia Espirituales para que nuestros vecinos las ayuden a llegar al Cielo.

En la parábola de las ovejas y las cabras, Cristo enumera las obras corporales de misericordia y también dice: “Amén, te digo que hagas lo que hagas por uno de estos hermanos menores, lo hiciste por mí” (Mateo 25:40). Jesús no solo nos enseñó cómo debíamos tratar a los demás, sino que se identificó clara y definitivamente con toda la humanidad. Amar a nuestro hermano o hermana es amar a Dios. Amar a Dios es amar a nuestro hermano y hermana. Se otorga gran dignidad a todas las personas humanas a través de esta identificación común. Pero también hay una advertencia para nosotros también. Si descuidamos a nuestros hermanos y hermanas, también descuidamos a Cristo. En la parábola de las ovejas y las cabras, los que aman a sus hermanos y hermanas entran en el Reino de Dios, los que los descuidan, a causa de la actividad, la falta de reflexión, los cuidados del mundo o el egoísmo, eligen ir al “fuego eterno” (25:41). En última instancia, Cristo nos muestra que seremos juzgados por nuestro amor. Aquí, nuevamente, Cristo nos muestra cómo el amor sacrificial conduce a la vida, pero ese amor a sí mismo y al pecado conduce a la muerte.

LECCIÓN 11

DE LA PRIMERA A LA CUARTA BIENAVENTURANZA

LECTURA DE FONDO



Todos quieren ser felices. San Agustín escribió: “Todos los hombres están de acuerdo en desear el último fin, que es la felicidad”. Por “último fin”, San Agustín significa “propósito en la vida”. En otras palabras, San Agustín está diciendo que todas las personas en todas partes quieren para lograr su propósito, y ese propósito es la felicidad. La razón por la que nuestro propósito es la felicidad es porque Dios nos creó para ser felices. La Iglesia enseña que Dios colocó el deseo de felicidad en cada uno de nuestros corazones. Pero ¿qué es la verdadera felicidad?

El Sermón del Monte

En el Sermón del Monte (donde Jesús nos dio el centro de su enseñanza y proclamó el Reino de Dios), Jesús nos dio las Bienaventuranzas para mostrarnos lo que significa ser feliz. En los Evangelios de Mateo y Lucas, Jesús comienza cada bienaventuranza con el dicho “Bienaventurados...”, y luego continúa cada declaración con una enseñanza sobre quién es “bendecido” y cuál será su recompensa. Algunas traducciones de las Escrituras usan la frase “Felices son...” en lugar de “Bienaventurados...” ¡Esto no es una coincidencia! El significado es el mismo.

Jesús usó las palabras bendecido y feliz de manera diferente a la forma en que se usan las palabras hoy en día. De hecho, el tipo de felicidad del que habla Jesús parece paradójico. Utiliza ejemplos como “Bienaventurados los que lloran” o “Bienaventurados los perseguidos”. ¡Estos ejemplos no suenan felices a nuestros oídos! Pensamos en la felicidad como una emoción que nos trae placer. Y debido a esto, nuestra felicidad no puede durar. Pero la bendición y la felicidad que Jesús tenía en mente dura para siempre. Es la felicidad de los que esperan en el Reino de Dios. Es la bienaventuranza de quienes caminan en el camino hacia la vida.

Las primeras cuatro bienaventuranzas

Jesús, en un acto de gran caridad, modeló para nosotros la vida cristiana ideal. No nos pide nada que ya no haya hecho, y nos pide que hagamos lo que Él ha hecho dándonos las Bienaventuranzas. Nuestra respuesta a su caridad es imitarlo con la guía de sus Bienaventuranzas. Examinar las Escrituras nos mostrará cómo Jesús vivió las Bienaventuranzas y cómo podemos también.

La primera bienaventuranza dice: “Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos” (CIC 1716). Jesús ejemplifica ser pobre en espíritu al desprenderse completamente de las cosas terrenales y depender del Padre. Muchas personas se identifican con Jesús porque Él vive como lo hacen, una vida sin posesiones materiales. Las palabras de Jesús también se refieren a ser completamente humildes espiritualmente y completamente dependientes de Dios. Jesús demuestra esta bienaventuranza en su agonía en el jardín cuando pregunta: “Padre mío, si no es posible que pase esta copa sin que yo la beba, ¿se hará tu voluntad!” (Mateo 26:42). Jesús no afirma con orgullo sus propios deseos. Más bien, se humilla ante la voluntad del Padre. Al hacerlo, Él gana para todos nosotros el Reino de los Cielos. Si reconocemos humildemente que somos los siervos pobres de Dios, que todas nuestras posesiones son regalos de Dios y que dependemos de Dios en cada minuto de nuestras vidas, entraremos en Su Reino.

La segunda bienaventuranza es: “Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados” (CIC 1716). Nos lamentamos por lo que nos falta; lloramos por lo que teníamos y ahora se ha ido. Jesús se lamentó cuando murió su amigo Lázaro. La hermana de Lázaro, Marta, se acercó a Jesús y le dijo: “Incluso ahora sé que todo lo que le pidas a Dios, Dios te lo dará. Sé que él [Lázaro] se levantará, en la resurrección del último día. He llegado a creer que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios” (Juan 11:22, 24, 27). Aun cuando ella se afligió, Martha creyó en Jesús, y su fe la mantuvo fuerte. Jesús resucitó a Lázaro de entre los muertos para mostrarnos que la resurrección está en Jesús, y nos levantaremos el último

día en Jesús. La creencia en Jesús y en la vida eterna nos da consuelo y nos fortalece cuando nos afligimos. Dios nos bendice cuando, aun cuando lloramos por lo que hemos perdido, creemos en Jesús y añoramos la venida del Reino en su plenitud.

En la tercera bienaventuranza, Jesús nos enseña: “Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra” (CIC 1716). La palabra “manso” no significa débil. Ser manso es ser gentil, humilde, educable y paciente mientras soporta errores. Jesús nos dice que Él es manso: “Aprende de mí, porque soy manso y humilde de corazón” (Mateo 11:29). Jesús demuestra como fue manso a lo largo de su pasión (Mateo 26-27). Aguanta la traición, el arresto, las palizas, los azotes, las falsas acusaciones y el ridículo con una fuerza silenciosa, sin perder nunca los estribos de Su temperamento o contraatacar, nunca toma represalias o resiste. Él es firme en hacer la voluntad del Padre.

La cuarta bienaventuranza nos dice: “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados” (CIC 1716). Todos tenemos hambre y sed de comida y bebida porque nuestro cuerpo necesita estas cosas. En esta bienaventuranza, Jesús reorienta nuestra atención a algo por lo que deberíamos más hambre y sed de: la justicia. Jesús alimentó milagrosamente a cinco mil personas para atender sus necesidades físicas. También les enseñó con sus palabras y ejemplo, para despertar en ellos la conciencia de su necesidad espiritual de justicia. Jesús, en su relación perfecta con el Padre, es la justicia perfecta. Jesús quiere que tengamos hambre de justicia para que Él pueda satisfacer nuestra hambre al darnos a él mismo.